

ORLEÁNS, 3 KILÓMETROS

CADA VEZ QUE ELLA PREGUNTABA: «¿Está muy lejos Orleáns?», él sentía que una rabia sorda le subía hasta el cuello; se atragantaba, y tenía que toser. Así, sin embargo, se ahorra la respuesta. Entraban en un pueblo. Delante de una casa había un grupo de gente, atravesaron la calle y se acercaron.

—¿Qué pueblo es éste?

Nadie hizo caso de la pareja. Todo el mundo estaba impaciente en torno a dos hombres en mangas de camisa que repartían vino. La taberna, una taberna muy pequeña, estaba abandonada: como todo el pueblo. De una ventana vecina salía humo y el aire llevaba olor de pólvora.

—Traer botella y ellos dar vino... Dar vino de la cava. Todo abandonado, vino se estropearía. Mejor cogerlo.

Quien les hablaba era un negro de mediana edad, bastante alto, vestido con una cierta corrección. En la solapa de la americana llevaba una amapola con un solo pétalo; los otros se los había llevado el viento.

—Tú mira qué maleta —dijo la mujer dando un codazo a su marido.

El negro llevaba una maleta de piel de cerdo, pequeña y nueva. Los cierres brillaban al sol.

—Calla, mujer... Si nos oye...

—Si tienes miedo de que nos entienda...

El hombre, dirigiéndose al negro, le preguntó en voz alta:

—¿Sabe cómo le llaman a este pueblo?

El negro levantó la mano, una mano seca, con los dedos larguísimos, con la piel de la palma desteñida, y señaló hacia arriba. Sobre un palo había un rótulo y en el rótulo el nombre del pueblo, con letras negras y brillantes. «Artenay.»

—Todavía queda vino, ¿quién quiere más? —los dos hombres iban y venían de la bodega a la entrada. Llevaban los zapatos y los pantalones empapados de vino. Se les acercó una mujer que llevaba un cazo.

—Mirad qué he encontrado... En la casa de la esquina ha saltado la puerta y la cocina está llena de útiles de todas clases. Parece que la han abandonado hace poco, porque en un hornillo de alcohol había leche que se iba derramando.

—¿No tienen nada para poner vino? —preguntó el negro a la pareja de recién llegados—. ¿No? Yo ir a buscar jarro o botella... —se les había acercado servicial, pero se lo pensó mejor y, poniéndose rígido, apretó los dedos. La maleta se le unió al cuerpo, como una prolongación de su brazo, y se apartó del grupo con calma. Andaba como si fuera de trapo, como si tuviera las articulaciones rotas. Uno de los hombres que repartían vino subió de la bodega, llenó aún una botella y el cazo de la mujer que había llegado la última. Anunció que el vino ya se había terminado.

—¡Aviones! ¡Aviones!

Todos miraron hacia arriba. El cielo estaba nítido, con aquel azul tan dulce del cielo de Francia: sin una niebla. Se hizo un silencio absoluto como si por arte de magia la docena de personas reunidas se hubiera desvanecido. Los aviones se oían pero aún no se veían.

—Mirad... Allí..., detrás de la chimenea de la casa alta, encima mismo de la chimenea... —un hombre viejo, con las cejas y el bigote blancos, señalaba la chimenea de la casa de enfrente.

De pronto brillaron cinco puntos plateados y poco a poco se fueron agrandando.

—Bajad a la bodega. ¡Todo el mundo abajo!

—No puedo andar.

—No tengáis miedo. No vienen por el pueblo... Desde ayer por la noche bombardean Orleáns... Éstos pasarán de largo.

El ruido de los motores se iba acercando y los aviones ya parecían golondrinas. Los hombres y las mujeres empezaban a bajar a la bodega, graves, silenciosos. Tenían la mirada fija, como si la muerte ya se les hubiera instalado en los ojos. La bodega despedía una peste de vino insoportable y el suelo era fangoso; alguien había sacado vino de una bota, cuando la bota todavía estaba llena, y había dejado el grifo abierto. Cuando los dos hombres que repartían vino habían bajado, habían encontrado ya la bota medio vacía y el suelo inundado. Para los que venían de la claridad de la calle, la bodega parecía una noche sin cielo. La última noche de

todas. Un niño se puso a llorar. Por el hueco de la escalera entraba un haz de luz y, una vez los ojos se acostumbraron a la oscuridad, aparecieron las botas alineadas a un lado y otro. De pronto, el techo de la bodega retembló como si fuera a hundirse y entró una ventolera rabiosa llena de polvo y de ruido. El niño que lloraba dejó de llorar como si hubiesen cortado el aire con que respiraba. Las mujeres chillaban. Una voz de hombre iba diciendo, temblorosa: «Calma, calma, calma...». Volvió el silencio. Aún se oyeron dos o tres detonaciones, lejos, menos violentas. Un hombre se arriesgó a salir fuera. Al cabo de un momento sacó la cabeza por el hueco de la escalera.

—Ha caído en medio de la calle, ha hecho un agujero tan grande que en él cabríamos todos juntos y aún sobraría sitio.

Todos salieron fuera. La luz los cegó y el día y el sol parecían más claros. Una mujer, la que llevaba el niño al cuello, lloraba.

—Tú, vamos.

—Me muero de sed: parece que me hayan llenado la boca de pólvora.

—Cuando lleguemos a Orleáns se acabarán las angustias.

—¿Está muy lejos?

Fueron recorriendo calles, ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda, hasta llegar a la plaza del pueblo. En el centro había una fuente, seca. Los bombardeos debían de haber cortado la conducción de agua. Unos cuantos plátanos altos, frondosos, muy verdes, hacían sombras azuladas sobre el suelo soleado y sobre la fachada de la iglesia. Delante de la iglesia había una taberna, mayor que la que habían dejado atrás. «*Au bon coup de rouge.*» La puerta, de hierro ondulado, estaba destrozada y se había salido de las guías. Entraron dentro. En una esquina de la barra había un jarro lleno de margaritas y acianos aún frescos. Pisaban vidrios rotos, en las estanterías no había ni una botella. La mayor parte de las mesas, como de las sillas, estaban rotas, patas arriba. No se veía ni un vaso ni un espejo enteros. Por la puerta del fondo, abierta de par en par, se veía un huerto. A la derecha, a pleno sol, al lado de un sembrado de lechugas, una margarita, redonda, grande, estaba rodeada de una nube de abejas. Volvieron a la sala. En un estante de debajo de la barra encontraron una botella de anís medio vacía. Entre todos la vaciaron como si bebieran agua.

—¿Seguro que no nos hará daño? Desde ayer por la mañana no hemos comido nada...

—No te preocupes por tan poca cosa.

A ambos lados de la carretera se extendían los campos de trigo. Las espigas se doblaban, maduras, llenas, a punto de reventar; una brisa ligera los llenaba de olas rubias. El sol se ponía entre nieblas: un sol de color carmín que llenaba el paisaje de tonos malva. De vez en cuando una amapola asomaba la cabeza por entre las espigas, excesiva de inmovilidad. La carretera estaba llena de gente que no sabía adónde iba. Pasaban carros colmados de muebles, de jaulas llenas de aves de corral sedientas y hambrientas, de colchones, de enseres de cocina, de herramientas de trabajo.

—¿Nos deja subir?

Invariablemente, el carretero, que iba a pie y que de vez en cuando golpeaba el anca de una de las bestias para estimularla a continuar, decía:

—Mis caballos no pueden más. Ya van lo bastante cargados y hace una semana que marchan día y noche.

—Nosotros ya hace dos días que no hemos comido nada...

—Es la guerra.

Y el hombre continuaba avanzando con su fortuna sobre el carro, cejijunto y duro. A un lado de la carretera había un camión militar averiado.

—¿Queréis que os echemos una mano?

Un soldado en mangas de camisa, descalzo, se los miró.

—¡Eh, tú, dame la llave inglesa!

De debajo del camión salieron una mano y un brazo.

—¿La llave inglesa?

—La encontrarás detrás del asiento envuelta en un saco.

—¿Dónde?

—Envuelta, detrás del asiento.

—Ah..., pensaba que decías... Ven, mira el motor... —el soldado que gritaba desde abajo del camión salió. Apareció la cabeza, medio cuerpo, las piernas, de un

brinco se puso en pie. Era un chico rubio, con los ojos de un azul de acero, y tenía las manos y los pies enormes.

—Si os echo una mano, ¿nos dejaréis subir hasta Orleáns?

El que había salido de debajo del coche se lo miró. El otro dijo:

—A mí no me importaría. Pero... ¿es que nosotros sabemos si podremos llegar? De momento el hipopótamo se nos ha encallado. Sólo tenemos gasolina para hacer dos kilómetros y los alemanes ya deben de entrar en Artenay. Es mejor que sigáis y si puede ser no os entretengáis.

La gente empezó a gritar, los caballos que tiraban de los carros enderezaron las orejas. Un murmullo sordo se elevaba de la carretera, una mezcla de voces y gritos de espanto.

—¿Qué pasa?

—Nada. Este montón de imbéciles que debe de haber visto un avión. Y no falla nunca. Ellos gritan y el avión sale. Mirad... Ya lo veo. Pero es un avión de reconocimiento; toda la mañana nos ha estado fastidiando. Id con cuidado porque ametralla.

A medida que se acercaban a Orleáns, la carretera se llenaba de gente. Venían de todos los pueblos vecinos, todos los caminos y caminitos vertían fugitivos. La carretera hacía una pendiente suave y bastante lejos tenía casas a uno y otro lado.

—No se puede pasar. No se puede pasar —gritaba un chico que iba en bicicleta y en dirección a Artenay.

—¿Por qué no se puede pasar?

—Acaban de hacer saltar los puentes. Todo Orleáns es un brasero.

—No le hagáis caso. ¡Espía! Es un espía. Es un espía.

—Todo arde.

—Sí, sí, todo arde. Han bombardeado esta noche, sin parar.

Pero gente y carros continuaban descendiendo. Las casas a uno y otro lado de la carretera estaban vacías y tenían puertas y ventanas abiertas. Unos cuantos tejados, rotos por las bombas, dejaban ver un entramado de vigas y de cañas. A la entrada de una casa, sentada en una sillita baja, había una vieja. Toda negra, con un pañuelo en la cabeza.

—Deberíamos socorrerla.

—Se ve que toma el fresco, como en los buenos tiempos.

—Está muerta; callad, que está muerta.

Y todos los que iban pasando la miraban, agachaban la cabeza para verle la cara e iban diciendo: «Está muerta». En el horizonte apareció, gris y minúsculo, coronado de humo, Orleáns.

—Si no nos sentamos un poco, yo no puedo seguir adelante.

Se sentaron en el suelo, en la cuneta. Miraban pasar la riada de gente. Sobre un carro, atada con cuerdas, había una máquina de coser, y, sentados sobre un colchón, cuatro críos, redondos de mejillas y tristes. Los caballos que arrastraban todo este pequeño mundo tenían el morro cubierto de espuma espesa y verde.

—Nos encontraremos con la noche encima y no sabremos dónde ir.

Sobre el paisaje empezaba a caer una luz enferma, quieta. El asfalto de la carretera estaba aún tibio de sol. Se levantaron y siguieron caminando. De pie, en medio de la carretera, unos cuantos soldados, bayoneta calada, hacían girar el alud de carros y gente hacia un camino de la derecha.

—Al final del camino encontraréis la carretera de Tours. Esta mañana han bombardeado los puentes de Orleáns y no se puede pasar. Hacia la derecha. Hacia la derecha. Han cortado los puentes.

El camino pasaba entre huertos pulcros, llenos de verdura, con la tierra gruesa y negra. Todo el mundo andaba poco a poco, sin ánimo. Todo el mundo andaba sin saber por qué. De pronto, la hilera de gente se adelgazó hacia un lado del camino. Venía un grupo de caballería colonial. Un caballo se encabritó y relinchó desesperado.

—Arrincónate bien hacia las alambradas. Agárrate fuerte, que no te den un empujón y te hagan caer bajo las patas de los caballos.

De los huertos llegaba perfume de verde, de fruta. Unos cuantos girasoles con el cuello torcido parecía que durmieran. En el suelo había un hombre echado, con las manos abotargadas y la cabeza cubierta por un pañuelo a cuadros azules y blancos. El pañuelo y la pechera de la camisa estaban manchados de sangre.

—Cierra los ojos; no mires.

—Yo voy a caer tendida al suelo. No puedo más...

—En la primera casa que encontremos entraremos y pasaremos la noche.

—Los alemanes hace días ya que están en París. Yo he visto la bandera con la cruz en el Arco de la Estrella.

—¿En París, los alemanes?

—Sí, sí. En París.

—En Artenay, debes querer decir.

—Todo esto son historias de gente que no duerme lo suficiente. En París no entrarán nunca.

—Mientras no los encontréis en Tours esperándoos...

—Nuestro ejército no lo permitiría.

—Míralo, nuestro ejército —y el hombre señaló a tres soldados, que caminaban penosamente sosteniéndose los unos a los otros. Iban descalzos, sin armas y con las charreteras arrancadas.

Entre una espesura de árboles se veía una casa. Una casa en las afueras del pueblo, aislada, rodeada de una gran extensión de terreno liso como la palma de la mano. Delante tenía un jardín lleno de tulipanes y de rosales con las últimas rosas del mes de junio. Los árboles eran tilos. Junto a la reja, del lado de la carretera, había un muro de adelfas con flores rosas y rojas. Se olía un perfume espeso, detenido, como si no se moviera del cercado del jardín, de madreSelva y de alheña. A la derecha de la casa se extendía un campo de perales bajos, grande como lo que se podía abarcar con la vista. Perales cultivados como cepas, con las ramas atadas a un entramado de alambres. No más altos que el brazo de un hombre extendido hacia delante. La casa tenía un piso y la fachada miraba en dirección a Orleáns. Detrás había un garaje, un cobertizo para los lavaderos, las herramientas, la leña amontonada y cortada. Bajo el tejado había un reloj de sol. Y los cristales de los balcones del primer piso empezaban a sonrosarse con el incendio de Orleáns.

Cuando llegaron allí era de noche. Empujó la verja y el batiente cedió y chirrió. Atravesaron el jardín poco a poco para no tropezar con los árboles. Un gato les pasó por entre las piernas y a la mujer se le detuvo el corazón, después le latió con furia y sintió una oleada de calor que le subía cuello arriba hasta la frente.

—Vamos —y tiró de la americana de su marido.

—Déjame.

Llegaron hasta la puerta de madera. Un portal ancho y alto con dos cabezas de león por picaportes. Empujó. La puerta no cedió. Empujó con los hombros, obstinadamente. La puerta entera retembló pero no se abrió.

—La madera está hinchada, pero entraremos. Ya verás.

—Yo ayudar.

Casi saltaron. Detrás de ellos una sombra se inclinaba solícita y se puso a empujar la puerta a golpes de hombro. Vigorosamente. De golpe la puerta se abrió y casi cayeron dentro.

—Yo entrar también. Piernas no poder llevar más. Cansado. Cansado.

A la luz de una cerilla los dientes y los ojos del negro brillaron.

—Busca el interruptor.

—No hay luz.

Se olía un hedor nauseabundo: de humedad, de basuras, de humo y de comida podrida. La cerilla se apagó y Roca encendió otra. Sobre la mesa había un plato con un trozo de carne descompuesta, y unas cuantas botellas de vino de marca vacías. La habitación era espaciosa y debía de servir de comedor. En la repisa de la chimenea una serie de cazos de cobre lanzó un grupo de reflejos oscuros. Junto a una bola de cristal con un pensamiento dentro, había el retrato de una pareja joven: él, con el uniforme de oficial francés, ella llevaba un vestido blanco y un ramo de flores pequeñas en la mano.

—Yo tener hambre. Voy hacer excursión por si encuentro cosa buena.

Cuando estuvieron solos la mujer se agarró al brazo de su marido con angustia.

—Es el negro de Artenay.

—Me da miedo.

—Tiene cara de buen hombre. ¿Quieres venir arriba a ver qué hay?

—¿Y si tropezamos por la escalera?

—No me des la lata. ¿Vamos?

Subieron arriba. Se veía Orleáns completamente encendido. Como si la furia del fuego hubiera esperado a la noche para incendiarlo. La claridad de las llamas inundaba la habitación y se podía ir de un lado a otro de las habitaciones de delante sin necesidad de gastar cerillas. En una habitación pequeña, al lado de la cama cubierta por una colcha de ganchillo, había una mancha brillante y pegajosa.

—Alguien pasó aquí la noche y se mareó.

A continuación había dos habitaciones más, muy grandes, que comunicaban con la más pequeña por una puerta disimulada, empapelada con el mismo papel que la pared.

—¿Oyes? Un duelo de artillería. No paran y cada vez se oye más fuerte.

—¿Y el negro?

—Debe de haberse perdido.

—Mejor.

—¿Qué debe de llevar dentro de aquella maleta? ¿Te has fijado en que cuando nos ha ido a buscar una botella para poner vino, en Artenay, no nos la ha querido dejar?

—Ha hecho bien. Si ha tenido que correr con el bombardeo...

Ni la puerta de paso ni las puertas de entrada de las habitaciones tenían llave. Se echaron en la cama. Las tablas de los pies estaban rotas y el somier hacía pendiente.

—¿Crees que podremos descansar, aquí?

—Sobre un lecho de zarzas dormiría. Ya lo ves.

—¿Oyes?

—¿Qué?

—Aviones. Escucha. Y están cerca. Si no estuvieran muy cerca no los podríamos oír con este ruido de cañonazos.

La claridad roja aureolaba Orleáns; un halo palpitante lamía el cielo y a intervalos muy breves una lengua de fuego se alzaba ondulante, se enderezaba como una espada por encima de los tejados y desaparecía, misteriosa, en el corazón de la inmensa fragua. Pronto nacía otra más alta y más clara.

—Bombas de avión.

La casa tembló y la ventana, abierta, se cerró con un golpe seco. Se oyó rotura de cristales.

—Tápate la cara. Tápate.

Sacó la mano fuera de la cama y pasó la mano por el suelo. Encontró pedacitos de cristal junto a la cama. El duelo de artillería continuaba, sin parar, sin parar.

—Muero de hambre y no encontrar nada.

No lo habían oído entrar. Estaba de pie cerca de la cama. Parecía un fantasma abandonado. Los níqueles de la maleta, a la luz de las llamas, brillaban con unos reflejos fugaces y cambiantes, verdes y rojos.

—Es mejor que te vayas a dormir y no pienses más en la comida.

—No querer pensar, pero mano aquí... —le cayó la maleta al suelo e hizo un tintineo de metal profundo. Se agachó a recogerla—, mano aquí araña y no dejar tranquilo —se les sentó a los pies de la cama y todas las maderas crujieron—. Me llamo Wilson. Pequeño, coger algodón América. Padres pobres. Criado señores ricos. Encontrar solo en París momento guerra perdida. Señores veraneo.

—Aquí al lado encontrarás una cama.

—Encontrar muy solo y tener miedo... ¿Dejarían dormir cerca ustedes?... En el suelo... Cerca ustedes ...

La noche parecía ebria de estrellas, de ruido y de fuego. Por delante de la casa pasaban gente y carros sin parar.

—Arrastrado armario-comedor detrás puerta entrada. No entre nadie más, molestar.

Hacía calor. Y en el jardín no se movía ni una hoja. El negro estaba de pie delante de ellos, entre el lecho y la ventana. Ellos le miraban y el negro les miraba a ellos. Un suspiro de aire hizo bailar una rama de árbol sobre la pared.

—Tal vez te morirás, de pie.

—Wilson querer dormir cerca ustedes.

—Haz lo que quieras, pero calla.

Se tendió en el suelo, muy cerca del lecho, abrazado a la maleta. Roca, palpando el vacío entre el colchón y la tabla del lado de la cama, encontró una botella. La olió. Había vino que ya se había agriado un poco. Esperó un buen rato a que el negro se durmiera y cuando le pareció que ya no era de este mundo, bebió silenciosamente y poco a poco. Pasó la botella a su mujer. Parecía como si el estrépito de las detonaciones se calmara un poco. El sueño empezaba a vencer. Su mujer se le acercó y le dijo al oído:

—Mira si tiene la maleta.

—Sí.

—Tal vez lleva joyas...

—Duerme.

—Estoy desvelada. No me puedo quitar de la cabeza a este hombre que no sabemos de dónde viene ni quién es. ¿Oyes?

—Si tuvieses tanto sueño como yo no pensarías tonterías. Duerme.

Se levantó de pronto y, gritando, empezó a correr de un lado a otro de la habitación.

—¿Qué pasa, qué tienes?

—Hubiera sido mejor que lo tiráramos por la ventana.

—¡Calla! ¿Qué te pasa?

—Oh, oh, oh, hay ratas. Casa llena de ratas traer mala desgracia. Pasado por la cara, poco a poco, por la cara..., como si Wilson estuviera muerto y gusanos empezasen a comer... Comer mejilla, comer nariz..., comer voluntad, ratas... —y se puso a gemir, de pie en medio de la habitación, meciendo el cuerpo de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Aullaba bajito y seguido con una suerte de lamento de bestia nocturna—. Amar quietud, mucha quietud. Ruido asustar. Querer volver América...